

de encargo; el aire disminuía el calor y sobre todo, ahuyentaba el mosco. Un poblado en plena fiesta; ebrios los jacales y ebrios también sus moradores: pocos de alegría, los más de *caña*.

Mezclada entre los grupos veíase tal o cual mujer... Es de advertir su escasez en el Territorio, y aunque esto es un mal, ya que quien una tiene... para todos la tiene, no deja de ofrecer sus ventajas: el bacilo de Otello es desconocido en el Territorio.

Ajos y tasajos por allí; abrazos, protestas de amistad; lágrimas y recriminaciones por allá; cantos, gritos, una zambra...

Detengo a éste y al otro para preguntarles por Felipe o Samuel, y fué la marejada quien se encargó de conducirles hasta mí.

—¿Quién trae los triquitraques? Lista la flauta, afinar la guitarra y en marcha. Primero por la Plaza de la Constitución; después por la calle de Hombres Ilustres—la llamamos así porque en ella viven el borrachín del Juez de Letras, la maestra

de escuela, *querida* de todo el pueblo, hembra de pelo en pecho, y el boticario. Restablecióse el orden al llegar frente a la casa del jefe de la corporación, y como la orquesta tuviera unos días solamente de organizada, discutíase con toda formalidad cuál sería la pieza más a propósito en tal ocasión: “¿El corazón en la mano?” “¿Los cantos del soldado?” “¿Los suspiros de Nacha?”... ¡Esa! ¡esa!

Abrimos paso a los músicos procurando retirar a las mujeres de las inmediaciones de la casa del jefe, pues no cesaban de largar sus palabrotas: “A ellas, esto y lo de más allá y a todos nos pasaban por quién sabe qué parte.”

Dió principio la música y allí fué el gritar.

¡Oh fortuna! no estaba Andrea... ¡claro! no había nacido para hacer cirigañas.

—Este busca la forma de meternos a su Andrea por el ojo derecho... ¡mírenla...! ¿qué tal?

Más bien llevada a rastras y no conducida por su marido, atravesó por entre el grupo de mujeres Andrea, con su enagua limpia. Atravesó por entre nos-

otros después... ni un saludo al pasar. Me percaté de cuando Vicente la oprimió el brazo con ira salvaje; adiviné las palabras y las desvergüenzas deslizadas de fijo en sus oídos; la infeliz, a más no poder y haciendo de tripas corazón, lanzó al jefe los tres ¡vivas! susodichos, coreados de muy mala gana por nosotros. Y otra vez, llevada a rastras más que conducida por Vicente, se alejó Andrea con dirección a su casa. Les seguí; yo dormía en el almacén inmediato. No bien hubieron cerrado su puerta, escuché un golpe seco, después un ¡ay! capaz de partir el alma... más golpes, y la voz de Vicente: "¡Calla, condenada! por tu culpa perderé mi posición. Eres una..."

¡La pobre Andrea, recibía una pateadura de aquella mala bestia!

¡Poder desconocido! Contén las manos que oprimen puñales, como contuviste esa noche la mía.

Cuando la justicia mantiene en ocio su espada, nadie se extraña si el puñal entra en acción. Nuevamente y sin darme cuenta, tenía mi mano requiriendo la faca... Púseme en pie y tambaleándome como ebrio, zumbándome los oídos, me dirigí

a su cuarto... ¡Salvóme de fijo la oleada de aire frío al azotar mi faz!

El cielo, impasible, parecía recrearse en la contemplación de la noche de plata. Allá, en el monte, quizá dormitaba la sombra, celosa de la noche blanca, acurrucada en el ramaje, para que no la importunasen.

Aspiré a mi sabor el aire puro y agitando nerviosamente el brazo, arrojé la faca... lejos... lejos... Al hendir los aires, silbaba extrañamente...

Protestando de mi cobardía fué a unirse a la sombra que allá en el bosque, acurrucada bajo el follaje, esquivaba la luz de la noche blanca.

Media hora más tarde, llenaban la quietud de la casa, los ronquidos de Vicente. Apenas si de vez en cuando destacábase como una sonoridad de cristal el acento plañidero de la pobre criatura añorando tal vez sus alegres y ya pasados días... envidiosa sin duda de nuestra desgracia... ¿Por qué no?

Y envolví en las sábanas mi cabeza mareada por el ir y venir de mis ideas. Procuré conciliar el sueño, bien convencido de que los terminajos "honradez," "pro-

bilidad..." etcétera, no pasaban de ser una añagaza, para ser practicados por lo menos en lugares donde los reconocidos oficialmente por honrados, eran de la calaña de Remilgo.

CHAN SANTA CRUZ. 1906.

¡HUELGUISTAS!

—¿Y pa qué he de estar en mi juicio? ¿pa hacerme el cargo a sangre fría de cuanto pasa? ¿dar fe de todas sus porquerías? Gracias, prefiero la cantina.

Era ésta indefectiblemente la respuesta de Chamula a mis observaciones. Pobre Fortunato ¡así acabó él!

No parece sino que cuantos sufren, vieran escrito en las fachadas de las tabernas "Olvido": tal es la fiebre con que a ellas se precipitan. Y la taberna hilvana... y el clima costura.

Nadie sabe en qué parte del monte duermen; allí donde menos le buscaron, aguardaba el olvido; un olvido compasivo: le pedían olvidar; les concedió además ser olvidados.

Estas o parecidas consideraciones hormigueaban en mi cerebro tan amigo de

fantasear, cuando el silbato de la locomotora vino a ponernos en movimiento. *La nueva carnada*; la ración quincenal; la carretada de abono del Territorio (así designamos el pasaje que de quince en quince días traen los transportes) estaba allí.

La carne de paludismo importada ese día ostentaba algo de característico. A diferencia de lo que siempre ocurre, el montón de harapientos instalado sobre los costales de harina, en el andén y techo de las plataformas, conservaba algo de común como si se tratase de una enorme parentela. No sé yo lo que les hacía parecerse: ¿la nariz? ¿el acento al hablar? ¿la forma de vestir? ¿no lo sé!

Sólo en otra ocasión habíamos visto algo semejante: dos remesas enviadas en el año anterior por cuenta de un Estado; unos pobres diablos que pidieron el reparto de sus ejidos, y como un alto personaje tuviera interés en reservárselos, obtuvo del Ministerio respectivo no tan sólo que no se les repartiesen, si que no volvieran los indígenas quejosos a hacer leña ni carbón en tales tierras. Pusieron ellos el grito en el cielo pidiendo la revocación de la orden, para cuyo efecto

nos cubría; rojas aparecían sus ropas; rojos mis andrajos; rojos los rayos despedidos por nuestros miradas. Sin bajar el arma, dijo con voz sorda: "¡Vuélvete!"

—Voy en busca de mis hijos.

—Están matando a los que pasan.

—Tengo setenta años—le dije—. Un día resonó en esta tierra el paso del invasor; éramos pocos para vencer.... los suficientes para morir. En torno de una bandera fuimos a donde ella quiso, pues lo que ella quería, lo quería la Patria. Y aprendimos a luchar, aprendimos a vencer; aprendimos a morir.... ¡tocaba a ustedes la gloria de aprender a asesinar! ¡Mátame o dame paso!

El soldado bajó el arma.... tal vez le había cansado disparar.

Pero bajó la frente... quizá sintió vergüenza, y—¡Pasa!—dijo.

Pasé.

Interrogo a un nuevo grupo: ¿Y mis hijos? ¿mis hijos?

—Mírales... contestó alguien. Descendí... descendí. Junto a una piedra les habían acomodado y parecían como dormidos. Juanito, Luis, Felipe, ¿no fueron a la fábrica? ¿mataron a cuantos se negaron a entrar? ¿la máquina esclaviza y mata? ¿luego prefirieron morir...? con-

cédanme entonces un último favor: ¡de-seo morir también! ¡Eh, no diré más...!"

Y tomó la cabecita del arrapiezo entre las manos, dejando vagar sus dedos en la mata abundosa del pelo; inclinó la frente sobre el pecho y sus labios continuaron moviéndose, como si musitase una oración.

*
* *

En mala hora cayó en cama Celerino; cuando se preparaban dos días de fiesta por lo menos. Venía una visita muy recomendada al Jefe de la Zona. Ahí fué el ajetrearse para bien impresionar al viajero. ¿Quién sería? Como nos acababa de visitar un Conde *de verdad*, no faltó quien asegurara: "Dados los preparativos será un príncipe." ¡Pobre Celerino.... a él no tocaría ver aquello!

—No se levantará más—decía Fermín.
—Este perro lugar sólo gusta de carne joven.

Entrábamos a dejarle galletas y leche condensada, por las mañanas.

Y llegó el huésped; no quise ir a verle por no separarme del chico, que de seguro se nos iba.

—Dícelo a Chamula: ya me alivié; es-

nuevos trenes cargados de soldados y cajas, muchas cajas de parque.

Se hacía fuego al bulto; sin preguntar, sin inquirir clase ni nombre; bastaba tener aspecto de obrero u obrera.

Se hizo fuego sobre los niños.

Entraron los soldados en las casas para levantar a infelices que no habían siquiera salido de ellas, y matarles como a perros.

Cuando la noche vino, veía yo, desde un saliente de una peña, jugar las llamas. La negrura de la noche las hacía aparecer más hermosas todavía.

Y pregunté al primero que pasó cerca de mí: ¿Has visto a mis hijos....?"

.....
.....

Los ojos de Fermín se dilataron como si estuviese aún contemplando el incendio.

Fermín, con la mano extendida y como señalando el punto donde creía ver el incendio, agregó con voz entrecortada: "La luna se negó a inmiscuirse en el asunto; no era el cuadro para señoras; se trataba de espasmos de hombre. Al día siguiente le tocaría su turno para llorar por los sobrevivientes; para llorar con ellos so-

bre la tumba, sobre el agujero en donde habían enterrado a los hermanos.

Para llorar sobre las maravillas y yedras nacidas en la ignorada fosa.

Negra la tierra, negro el cielo, y en medio los girones de fuego danzando, retorciéndose como brazos de hambrientos que clamaran "¡Pan y venganza.... venganza y pan!"

Un grupo pasa cerca de mí... "¿No has visto a mis hijos?" A cada descarga se me encogía el corazón como si a él disparasen.

Era preciso descender; cuando yo dije a mis hijos: Están matando, contestaron ellos: Al esclavo de la vida, una bala le liberta; al esclavo de la máquina ¿quién lo libertará?

Encontré a muchos amigos; los obreros corrían cual palomas perseguidas; ¿y mis hijos...? Como pasaban de carrera, ninguno contestó.

Luego, un soldado de treinta años, y con aspecto de valiente me cierra el paso.

—¡Alto! ¿A dónde vas?

—En busca de un cobarde, a ver si me encajona una bala en el pecho; soy huelguista, anda ¡dispara!

Hizo ademán el mozo de tender el arma. Sólo la claridad rojiza del incendio

pués el monopolio.... la insolente explotación.

Fué Lucrecia la que primero arrojó su piedra; después, una lluvia de ellas, y ¡a la tienda todos! Sacamos a media calle vinos, carnes, legumbres, semillas, ropas.... "Pague el bandido algo de lo que nos ha robado y vomite unas gotas de la sangre chupada, ¡vampiro!...."

Hicieron fuego él y sus dependientes sobre nosotros, y nosotros prendimos fuego a su tienda. ¡Con qué júbilo ardía todo! ¡Era nuestra sangre regocijada! ¡A quemar sus otras tiendas!

Pero estaban advertidos los soldados y temimos; pensó cada quien en escapar, cuando Lucrecia, sacando de entre los efectos extraídos una bandera, gritó como loca: "Cobardes, si saben morir, síganme." La seguimos; su bandera marcó el rumbo. Marchamos sobre la fábrica de la Hidra; había de correr la misma suerte que El Pulpo; después, a la Vorágine. En todas ellas tenía tiendas y empeños el mal bicho.

¡Prefirió el incendio de sus almacenes, a dar un vaso de agua y un trozo de pan a los hambrientos!

En el camino tropezamos con un piquete de batallón: tenían en ese momento

amarrado por los codos, para fusilarle, a uno de nuestros compañeros.

—No le maten. No. ¿Por qué? ¿Qué mal hacemos al gobierno?

Y arrojamos millares de piedras, arremolidándonos cerca de donde le tenían. Soltamos sus ligaduras, sin que los soldados hicieran uso de sus armas, pero el oficial gritó de pronto: “¡Fuego!”

—No, no, aullábamos procurando replegarnos contra el muro; y como el oficial gritara nuevamente “Fuego,” Lucrecia se precipitó sobre el corneta hundiéndole un cuchillo en el pecho Cayó redondo. El oficial golpeó a Lucrecia con su arma, hiriéndola en la cabeza. Corrimos a la desbandada para las montañas, llevándonos a nuestra libertadora, que restañaba con una de las mangas de su blusa, la sangre; la sangre no cesaba de escapar por su herida.

¡Vengados!

Debía estar por fuerza maldito cuanto en las tiendas hubo: tal era la fuerza con que se consumía.

Por todos lados se disparaba: en el campo, en la calle, desde las azoteas. Caían los infelices inermes, sin defensa; y por si tanta sangre no bastara, llegaban

ESTA EL PUERTO CERRADO

—Está el puerto cerrado.

—Mire usted; se va a morir la pobrecita; se muere.

Inútil insistencia; fué en vano hacer notar al Cabo de Resguardo, para hacerlo saber así al Administrador, que no se trataba de embarcación venida del extranjero o puerto alguno de altura: se trataba de un bote cuya tripulación se reducía al patrón y un negrito; la mercancía, a una de tantas víctimas de la malaria y el pequeñín que obstinadamente repetía: “De veras, está muy grave.”

Poco amigos de sensiblerías somos por regla general los deportados; ¡qué demonio! se nos trata de tal modo... y no es por cierto el más adecuado para desarrollar la microscópica dosis de amor a nuestros semejantes, que allá en alguno de

los pliegues de nuestras almas pudiera habérsenos traspapelado.

Soy de los que con mejor suerte caminan, y así y todo, al ver a mis compañeros de destierro pienso con pavor: triste viaje hacéis; pero si el viaje fuera a través de mi cerebro, sería mucho peor.

Hay entre los castigados uno; mira con odio a cuantos se le acercan; a nuestro menor movimiento para dirigirle la palabra, retrocede rechinando los dientes de manera particular, extraña. Por lo demás él mismo procura mantenerse aislado. Está próximo a volverse loco, y se comprende: hace un mes, por disposición superior, sufre el castigo de trabajar sin sombrero. ¿Sabéis lo que es estar en esas condiciones, desde las cinco hasta las once de la mañana, con un trabajo de negro y bajo los rayos de un sol de los trópicos?

¡Oh, lectores de estas páginas: no lo olvidéis: las escribo en pleno siglo veinte...! Hago esta inocente advertencia, por si pudierais creer lo habían sido en el siglo dieciseis. Es extraño... ¿verdad?

Cuando oímos de boca de Jenaro—así se llama el chiquitín—la narración de sus miserias, esa dosis microscópica que allá en algún repliegue de nuestro espíritu

ta cuando me recibieran, en compañía de los supervivientes: veinte, doce, seis... los que fueran.

Y en su presencia, diría con la voz campanuda de los oradores de oficio, un discurso de esos hechos para hablar *de tu* a las gentes de respeto... y aun a los muertos.

Discurso aprendido de memoria; recitado al dedillo; y que sobre poco más o menos, dijese:

Gran pacificador; árbitro de nuestras libertades:

En los días de brega, iluminó tu alma la noche de la Patria. No contaste al enemigo si agredido, ni a tus soldados si agresor. Eres el eterno caudillo. El héroe de la paz. Un inmortal ya hubiese muerto, y tú vives; eres más que inmortal. El hierro enemigo encontró impávido tu espíritu, y el estallido del cañón no dobló tus bríos.

Estás iniciado en el verbo; estás ungiendo y podrás comprenderme... ¡óyeme!

Estos, son los despojos de centenares enviados en tu nombre al matadero, y sin embargo... ¡todos ellos te eligieron un día para que labraras su ventura!

Allá, ignorados, enfermos, hambrientos... murieron poco a poco.

Y el primer caído, preguntó con honda pena: ¿Por qué?

Cayeron más, y de sus labios exhalóse la misma queja... ¿por qué?

Para que no te distraigan refiriéndote-lo como un cuento, vengo a tu presencia a narrarlo como historia, y vengo sin temores, porque traigo una inmensa representación: ¡Represento el Dolor!

El dolor viviente de los que me acompañan, y el dolor congelado de cuantos allá cayeron y duermen cabe los manglares.

Albacea de su última voluntad, vengo implacable a interrogar:

¿Por qué?

CHAN SANTA CRUZ, DIC. DE 1907

toy bueno y tengo gana de caminar... caminar... estoy bueno; muy bien...

Entra Fermín a la enfermería sudoroso, jadeante. “¿Sabes quién es el huésped?” Y como no acertara a responder, agregó: “Don Andrés, el dueño de las tiendas.”

—¿Viene por nosotros? preguntó el pequeño, con una cara de pascuas.

—No; viene con recomendación del Supremo Gobierno, para obtener soldados y guías... Con los millones de la indemnización arrendó una zona del Territorio. Cuando instale las máquinas, dejarán allí un destacamento. Esta campaña se hizo para que empleados, soldados y cuanto Dios quiera, vengán a dejarse matar por los indios o a pudrirse en el clima, mientras siete o veinte señorones sinvergüenzas se reparten los provechos allá, en México, repantigados en sus sillones, tras los escritorios... ¡marranos!

Celerino dobló la cabecita como flor agostada por el sol; con el último rayo de esperanza, se le escapó la vida.

Lloraba Fermín diciendo: “Sólo este viejo apergaminado encontrará gracia; tengo la carne estropajosa, sin sabor, carne de viejo. La señora desea en la piedra del sacrificio terneras y corderillos; gus-

ta poco de desengaños, y prefiere la sacrificuen esperanzas.... por eso casi, casi, acabré por alegrarme de que me los hayan matado.”

No pude más; salí en busca de aire por si en el monte, en la vía, me era posible desgarrar en un grito el nudo que me agarrotaba la garganta.

Caminé, caminé; mi pensamiento volaba.

Cuántos y cuán encontrados giros en sus evoluciones.

Ya era una carta en la cual descubría yo al Gobierno nuestras miserias... no, no será leída. Los Presidentes no leen; les leen. Qué han de leer!

Era preferible un periódico.... tampoco. No permiten publicar ciertas cosas en la prensa seria; en la otra, no tiene objeto.

Era mejor un discurso ¡eso! un discurso. Lo diría yo tal y cual día ante el Presidente de la República... no. ¿Cómo iban a permitirme decir en público ciertas cosas?

¡Lo encontré! ¡claro! Sería yo que iría uno, y otro, y otros días al Palacio, has-

vos de la máquina! Hambrientos si niños; explotados si jóvenes; exprimidos si adultos; en la miseria si viejos, y para completar el cuadro, a cuantos se rebelen en contra de su cadena... ¡fusilarlos en masa! ¡Los muy cochinos!

Más de un mes dieron material de conversación los incidentes acaecidos a los pobres. Fueron primero alta en los batallones y se les cortó el pelo al rape, sin ser inconveniente a filiarles, en los pequeños aquella su corta edad, ni en los ancianos sus largos y doloridos años. Luego, de la noche a la mañana, contraorden: no serían ya soldados. Pasaron a operarios, sin tiempo.

De militares eran peligrosos: tenían nociones de sus derechos y sabían de protestas de víctimas contra sus victimarios.

Además, su ingreso en los batallones podía ser una recompensa: en la milicia hay ascensos y sueldos y honores. El operario, si de viejo muere, morirá de operario; no hay sueldos, ni ascensos, ni vestidos.... apenas si hay alimentos, y como dicen los compañeros: Sólo una ventaja tiene ser operario.... ¡la de morir pronto! Esa ventaja encontraron los infelices.

¡Pero vaya una gente más fácil de morir! espichaban como pajarillos. Es natural: de las cinco de la mañana a las nueve de la noche, dentro de la fábrica, sin sol, sin aire.... y esto por muchos años, casi una vida; y luego, de pronto a otra vida tan distinta: de la vía a las plataformas; bajo los rayos de un sol de cincuenta y tantos grados, con fardos enormes auestas; acosados por el tábano, el mosco, y el capataz a las espaldas.... tenía de suceder. Dos o tres diarios se engullía la Traidora del Pantano.

—“Los hijos de Fermín, corrieron mejor suerte....” me decía uno de ellos al morir víctima de la disentería. No olvidaré ni aun queriendo el gesto de amargura que selló su doliente extinción.

Gesto de recuerdo, queja, blasfemia... Ansia de un último deseo no realizado. Tal vez el de ser bendecido por las manos rugosas de la viejecita enmohecida, exprimida como él en la fábrica y hoy alimentada por la caridad pública.

Quizá el de ver a la abnegada mujercita. Durante la huelga había caído en cama para darle un nuevo pequeñín que, unido a cuatro más, vagarían famélicos por las calles del poblado, llamando de puerta en puerta, en tanto la madre co-

¡Huelguistas...! ¡huelguistas! repitióse entre todos, y un sentimiento de simpatía invadió los corazones. Huelguistas; claro! ya lo decíamos, no podía ser gente mala; bien otro es el molde para vaciar pícaros. Y les reíamos al saludarles, preguntando si venía entre ellos alguno de los valientes que habían prendido fuego a las tiendas de los explotadores; los esclavistas.... ¡cuántas preguntas les hicimos! y algo más que reclamo como un honor para la corporación: a ninguno en tal día, escamoteamos ropas, dinero ni objeto de poco o ningún valor. Decididamente se nos habían colado por la puerta grande.

Procurábamos hacerles sacudir la tristeza, conviniendo con ellos: ¡Claro! el lugar a donde hoy les mandaban era ciertamente algo más malejo que un pueblecillo rabón, pero algo mejor que el infierno... y ya es ganancia.

Nos escuchaban asombrados; nos sonreían mirándonos con unos ojazos.... Desde aquel par de chiquitines que apenas habían traspasado los umbrales de la adolescencia, hasta el grupo de viejecitos corcovados; don Fermín, sobre todo. Sus ojos hundidos de color indefinible; la frente enorme surcada por profundas

arrugas y el corte de la barba daban a su cabeza el aspecto de los Evangelistas de las pechinas de los templos. Era don Fermín el más triste; apenas si respondía con acento cavernoso "sí" o "no" a nuestras mil preguntas y en ocasiones se quedaba mirando al vacío como si no entendiese lo que se le decía.

—No se achicopale, tatita—dijo Chamula con voz acariciadora. Al escucharle, uno de los arrapiezos, gorrita en mano, contestó:

—Tiene razón de estar así, señor...

Oírle decir "señor" y desbandarse por los aires un coro de carcajadas fué todo uno.

—¡Tiene gracia! ¿De qué mundo eres, mocoso, pues nos llamas señores?

—Sigue, muchacho, gritaron otros.

—Yo decía: Hay razón de estar así; tuvo tres hijos y se los fusilaron en masa el día de la güelga. Y continuó el chilquillo dando vuelta a su gorra entre las manos.

Un silencio angustioso se hizo en el corrincho, y no volvimos a dirigir la palabra al pobre viejo, pero le obsequiamos cigarros, ofreciendo buscarle para dormir el lugar menos áspero de la cuadra.

¡Los muy cochinos! ¡fusilar a los esclavos!

recurrieron al amparo y... a los pocos días venían camino del Territorio con sus actas simuladas de sorteo, para cubrir las bajas del Ejército.

Fuera de esa ocasión, es en las restantes bien distinto el aspecto de los deportados.

¿Qué decir de los detalles de su extravagante indumentaria? ¿qué de los sombreros de alas enormes como paraguas y copas como torres? ¿y el desconcierto de fieltros, bombines o chilapeños? ¿la variedad de acentos al hablar? una parlería... una verdadera trápala. ¿Qué diferencia de fisonomías! Cetrinas y como enjutas éstas; pálidas e infladas aquéllas. Caras con aspecto de caballo, zorro, ganso; rojas todas ellas, con ese rojo con que el vino estigmatiza a sus devotos; frentes dilatadas y surcadas de rugas en unos; deprimidas en otros; mandíbulas salientes que dan a las caras el aspecto de herraduras invertidas; caras redondas de ojos vivaces, verdaderas reminiscencias de felinos; variedades sin nombre, desde la noble fisonomía de ancianos de blanca barba que le hacen a uno admirarse de sus mil ingresos a la cárcel por raterías o camándulas más gordas, hasta las caras imposibles, rayanas en fisonomía de